

Andrée volvió a llenar las copas; el olor se hacía más fuerte: se intuía que en el horno el bizcocho se estaba dorando. Mirza ya no lloraba, debía de estar durmiendo; todo el mundo dormía.

—Empezó a quererme —dijo Andrée. Volvió la cabeza hacia mí—: Es algo que no le puedo explicar: ¡qué cambio en mi vida! Siempre había pensado que nadie podría quererme.

Di un respingo.

—¿Eso pensaba?

—Sí.

—Pero ¿por qué? —dije, escandalizada.

Se encogió de hombros.

—Me veía tan fea, tan torpe, tan poco interesante..., y además es verdad que nadie me hacía caso.

—¿Y su madre? —dije.

—Hombre, una madre tiene que querer a sus hijos; eso no cuenta. Mamá nos quería a todos. ¡Y éramos tantos!

Había asco en su voz. ¿Había sentido celos de sus hermanos? Esa frialdad que le notaba yo a la señora Gallard, ¿la había hecho sufrir? Nunca se me había ocurrido que su amor por su madre pudiera ser un amor no correspondido. Apoyó las manos en la madera reluciente de la mesa.

—En este mundo, solo Bernard me ha querido por mí misma, tal y como era y porque era yo —dijo con tono agresivo.

—¿Y yo? —dije.

Se me habían escapado las palabras: me sublevaba tanta injusticia. Andrée me miró fijamente, sorprendida.

—¿Usted?

—¿No le he tenido yo apego por usted misma?

—Sí, claro —dijo Andrée con voz insegura.

El calor del alcohol y mi indignación me volvían atrevida; me apetecía decirle a Andréé esas cosas que la gente solo se dice en los libros.

—Nunca lo ha sabido, pero desde el día en que la conocí, lo ha sido todo para mí —dije—. Tenía decidido que si se moría, yo me moriría acto seguido.

Hablaba en pasado e intentaba adoptar un tono indiferente. Andréé seguía mirándome con cara de pasmo.

—Yo creía que para usted solo contaban de verdad sus libros y sus estudios.

—Lo primero era usted —dije—. Habría renunciado a todo para no perderla.

Se quedó callada y le pregunté:

—¿No lo sospechaba?

—Cuando me regaló ese bolso por mi cumpleaños pensé que me tenía cariño de verdad.

—¡Era mucho más que eso! —dije, tristemente.

Parecía conmovida. ¿Por qué no había sido capaz de hacerle notar mi amor? Se me había antojado tan prodigiosa que había creído que no carecía de nada. Me entraron ganas de llorar por ella y por mí.

—Es curioso —dijo Andréé—; tantos años siendo inseparables ¡y ahora me doy cuenta de lo mal que la conozco! Juzgo a las personas demasiado deprisa —dijo con remordimiento.

No quería que se sintiera culpable.

—Yo también la conocía mal —me apresuré a decir—. Creía que estaba orgullosa de ser como era y la envidiaba.

—No estoy orgullosa —dijo.

Se levantó y se acercó al fogón.

—El *cake* está en su punto —dijo, abriendo el horno.

Apagó la lumbré y guardó el bizcocho en la despensa. Subimos a nuestro cuarto y, mientras nos desnudábamos, me preguntó:

—¿Va a comulgar mañana por la mañana?

—No —dije.

—Entonces iremos juntas a misa mayor. Yo tampoco voy a comulgar. Estoy en pecado —añadió con indiferencia—; sigo sin decirle a mamá que la desobedecí y, lo que es peor, que no me arrepiento.

Me metí bajo las sábanas, entre las columnas salomónicas.

—No podía usted dejar que se fuera Bernard sin volver a verlo.

—¡No podía! —dijo Andrée—. Se habría creído que no me importaba y se habría desesperado aún más. No podía —repitió.

—Entonces, hizo bien en desobedecer —dije.

—¡Ay! —dijo Andrée—. A veces, hagamos lo que hagamos, todo está mal.

Se acostó, pero dejó encendida la lamparilla azul, a la cabecera de su cama.

—Es una de las cosas que no entiendo —dijo—. ¿Por qué no nos dice Dios lo que quiere exactamente de nosotros?

No contesté; Andrée rebulló en la cama y se colocó bien las almohadas.

—Me gustaría preguntarle algo.

—Pregunte.

—¿Sigue creyendo en Dios?

No titubeé: esa noche la verdad no me daba miedo.

—Ya he dejado de creer —dije—. Hace un año que no creo.

—Me lo temía —dijo Andrée. Se enderezó en las almohadas—: ¡Sylvie, no es posible que haya solo esta vida!

—He dejado de creer —repetí.

—A veces es difícil —dijo Andrée—. ¿Por qué quiere Dios que seamos desgraciados? Mi hermano me contesta que ese es el problema del mal y que los padres de la Iglesia resolvieron hace mucho; me repite lo que le enseñan en el seminario; eso no me satisface.

—No; si Dios existe, el mal no se entiende —dije.

—Pero a lo mejor hay que aceptar no entender —dijo Andrée—. Querer entenderlo todo es orgullo. —Apagó la lamparilla y añadió en un susurro—: Seguramente hay otra vida. ¡Tiene que haber otra vida!

No sabía muy bien qué esperar cuando me desperté: me llevé un chasco. Andrée era exactamente la misma, yo también; nos dimos los buenos días como siempre lo habíamos hecho. Mi decepción se prolongó durante los días siguientes. Por supuesto, estábamos tan unidas que no podíamos estarlo más; unas cuantas frases pesan poco comparadas con seis años de amistad, pero cuando recordaba aquella hora que habíamos pasado en la cocina, me entristecía pensar que, en realidad, no había sucedido nada.

Una mañana, estábamos sentadas debajo de una higuera, comiendo higos; los higos grandes de color violeta que se venden en París son tan sosos como la verdura, pero me gustaba aquella fruta menuda y pálida, henchida de una mermelada granulosa.

—Anoche hablé con mamá —me dijo Andrée.

Se me encogió el corazón: Andrée me parecía más cerca de mí cuando estaba lejos de su madre.

—Me preguntó si iba a comulgar el domingo. Se quedó muy preocupada cuando no comulgé el domingo pasado.

—¿Adivinó el motivo?

—No exactamente. Pero se lo dije.

—¡Ah! ¿Se lo dijo?

Andrée apoyó la mejilla en la higuera.

—¡Pobre mamá! Tiene tantas preocupaciones ahora mismo..., ¡por culpa de Malou y, además, por culpa mía!

—¿La riñó?

—Me dijo que ella me perdonaba, pero que lo demás era cosa de mi confesor y mía.

Andrée me miró muy seria.

—Hay que entenderla —dijo—. Tiene a su cargo mi alma: ella tampoco debe de saber a veces lo que Dios quiere de ella. No es fácil para nadie.

—No, no es fácil —dije, por decir algo.

Estaba rabiosa. ¡La señora Gallard torturaba a Andrée y ahora resultaba que la víctima era ella!

—Mamá me ha hablado de una forma que me ha emocionado —dijo Andrée con voz conmovida—. También ella pasó por momentos muy duros, ¿sabe?, cuando era joven.

Andrée miró en torno.

—Aquí mismo, en estos caminos, pasó por momentos muy duros.

—¿Su abuela era muy autoritaria?

—Sí.

Andrée se quedó ensimismada un momento:

—Mamá dice que hay mercedes, que Dios mide las pruebas que nos manda, que ayudará a Bernard y que me ayudará

igual que la ayudó a ella. —Buscó mi mirada—. Sylvie, si no cree en Dios, ¿cómo puede soportar estar viva?

—Pero si me gusta estar viva —dije.

—A mí también. Pero, precisamente, si pensara que la gente a la que quiero iba a morirse del todo, me mataría enseguida.

—Yo no tengo ganas de matarme —dije.

Salimos de la sombra de la higuera y volvimos a casa en silencio. Andrée comulgó el domingo siguiente.